1999. El Mitch fue una gran sacudida, pareciera haber querido despertar a quienes permanecimos en un sueño. Tras ese despertar, los ojos recién abiertos, miraron con claridad lo que en sueños imaginaban lejos: la injusticia, la violencia estructural que coloca en desventaja a unas y a otras.

Esos ojos comenzaron a mirar formas nuevas de organizarse, recuperar lo propio: La Tierra, para cuidarla y amarla, para cuidar y amar a su propia familia. En ese cuidado se fortalecieron los lazos que se tejieron en la urgencia, se miraban las causas cercanas, se construía la vivienda de Tierra, se construía la comunidad, se sembró la Soberanía Alimentaria, pero de arriba, un Golpe volvió a sacudir a Honduras, a El Aguán.

El miedo se miraba más lejos, cada vez más lejos, hasta que un día ¡nos quitaron hasta el miedo! Y ellos, los de arriba, empezaron a tenerlo, porque en la nación creció la dignidad. La niña que miró con sus ojos nuevos, recién despiertos, y trabajó por la urgencia es ahora mujer.

Es la mujer que hoy leemos en este libro, en su historia o en sus letras, es Monchi, es Lidia, Melissa, Sofía, Alexa, Juana, Marta, Luna. La mujer que sostiene, empuja y va delante: es Juana, Pamela, Venus, Nana, es la mujer que está y que estuvo, es Aury, Mili, Rosa, Hilda, Irma, Martha, Glenda, Belinda. Es la de aquí, es la que se queda, es la que se va. Es la mujer que está leyendo ahora, se solidariza, actúa y busca la forma de amar a Nuestra Madre Tierra, desde la defensa de su propia historia.

Es la que narra y le debe a las que caminamos juntas y a las que vendrán. Dejar pues, como en este libro, nuestra huella bien profunda como las arrugas que llegarán a nuestras caras, como las marcas de los ríos en las montañas, así profunda, honda, Honduras, será la ruta que seguiremos todas para construir una realidad más justa, abundante y armoniosa.

Con amor, profundo y hondo amor que este libro te inspire para actuar.

Carmen Ramos.
Tuknin;
Tlalij A. C.,
Red de Mujeres Artesanas, Cocineras Tradicionales y Productoras del Campo;
Matlapa, San Luis Potosí.

Guardianas



CONTENIDO

1 Hecha de río ____ 7

2 Juana de las flores ____ 13

3 Marta, Marta, siempre cuidando ____ 19

4 Voz de la memoria ____ 25

5 La Crack ____ 31

6 Me quedo tierra ____ 37

Guardianas
©FSAR Noviembre, 2021

Textos:
1,4 y 5 Melissa Cardoza
2,3 y 6 Paola Flores (Luna Flores)

Fotografía, diseño y diagramación
Délmer Membreño Aguilar

Fundación San Alonso Rodríguez
Colonia Miraflores
Tocoa, Colón, Honduras, C.A.
Impreso en Honduras

WE EFFECT | Fundación San Alonso Rodríguez



Guardianas

Guardianas es una nueva manera que la Fundación San Alonso Rodríguez ha encontrado para reconocer a mujeres luchadoras por la tierra, territorios y cuerpos en las comunidades del Bajo Aguán que, con su espíritu y poderes rebeldes, desde hace mucho nos van mostrando caminos y el sentido de la justicia.

Guardianas cuenta historias de Lidia, Monchis, Juana, Sofia, Alexa, Marta: mujeres tierra, agua, fuego, aire y espíritu que acompañadas de las fuerzas ancestrales, de la naturaleza; y de sus comunidades cosechan esperanza para tener en alto su vida y la de otras y otros, aun cuando la opresión patriarcal y la violencia neoliberal atenta en contra de sus deseos de libertad.

Cuando las luchas y los días se hacen difíciles son ellas las que con palabras y actos, junto a tantas otras que no aparecen en estas páginas, van marcando huellas que nos inspiran, nos alientan a seguir encontrando modos de disfrutar, creer y confiar.

En esta creación nos encontramos con retazos de historias que serán contados por dos esplendidas escritoras, Melissa Cardoza y Luna Flores, quienes han acordado junto a estas seis mujeres, revelar un hilo poderoso que han guardado con sabiduría y es con el que atan y multiplican la magia de la vida para que sea posible vivirla en medio de la realidad de Honduras.

Acompañado por las fotografías deslumbrantes de Délmer Membreño, la invitación de este texto es a que cada persona que lo lea se pregunte de dónde vienen sus propias fuerzas para continuar las luchas y perseguir los sueños. Que se dé cuenta y que lo comparta porque de hilos mágicos estamos escasas.

Juana Esquivel
Directora FSAR



Hecha de río

La madrugada tirita sobre el agua limpia, más limpia, incluso, que esa luz florecida en las montañas de este país al que es tan fácil amar. Una adolescente campesina hunde sus pies en la quebrada y siente el frío como un regalo. El agua sube por las rodillas y su abrazo le hace tanto bien que apenas escucha que le gritan: «Monchi, apurate con el maíz». Metida en la quebrada, lava el maíz para las tortillas del desayuno, llena los cántaros y limpia su piel tierna y esperanzada.

«Toda mi vida el agua me ha hablado, yo la entiendo, la conozco. Cuando llegué a esta comunidad, me enamoré inmediatamente del río; y en una poza de allá arriba, hice un pacto. Le dije: "yo te cuido y vos me cuidás a mí". Cuando hundo mi cabeza y me quedo quieta ahí abajo, siento su voz; me lo repiten las curvas del agua que corren, libres y felices. Este río es la vida de nosotras, mía, de mis hijas, de la comunidad».



Juana Ramona Zúniga

Es yoreña, aunque tiene cercanía amorosa con el Lago de Yojoa y ha vivido en muchas partes porque la vida para ella es andar.
Tiene una mamá que llama Choma, con la que conspira para que el tiempo no sea más difícil, y de su padre se acuerda bonito. Ha procreado tres hijas, Nicole, Lizzy y Briana junto a su compañero de vida Avelino Cedillo quien actualmente está preso por defender el río Guapinol y la montaña Carlos Escalera. Ella lo defiende como al río.
Es una profesional para hacer crecer las flores y el pelo, cortadora y embellecedora, bordadora y organizadora de su comunidad; mujer de enorme fe religiosa y de grandes dones para conversar y escuchar. Una mujer con fuerzas asombrosas para resistir ante la crueldad que el sistema de justicia la condena a ella y a su familia. Su casa es un lugar de reunión y celebración de la resistencia y la vida.

Monchi (Juana Ramona) es tan querida como temida en la comunidad de Guapinol por la fuerza de sus palabras y resistencia. Tiene una sonrisa lista para compartir, para llenarle el rostro a veces cansado por las noches sin paz, por el temor de que puedan hacerle más daño a ella y a sus hijas. Su pareja duerme en las celdas de la cárcel de Olanchito, ellas lo extrañan tanto que lloran en sueños, ama a su compañero, «mi viejo», le dice.

Se conocieron cerca de otras aguas, del Lago de Yojoa donde transcurría su juventud encantada por aquellas lluvias. «Desde cipota, me gusta tanto el agua que siempre me estaba echando pailadas. Cuando lavo ropa en la pila, estoy feliz gozando el agua con la que me refresco».

A Juana Ramona la vida no le fue fácil; y ha conocido de cerca la crueldad y la explotación. Era una pequeña niña cuando su familia huyó de la brutalidad de un señor feudal olanchano que prácticamente los había secuestrado, a cambio de comida. Desde entonces, ha conocido gente que se cree dueña de la vida de otras; ahora, son los mineros que destruyen su comunidad y piensan que la vida de la gente se puede tirar como los desperdicios de su industria de muerte.

En esa huida de la infancia, su hermana menor tuvo un accidente y murió. Se llamaba Brenda, Monchi tenía seis años. No entiende aún como pasó todo, pero supo que su vida tenía propósito; y que su enorme razón es contraria a quienes, con armas y dinero, intentan tomarse las fuentes de la vida misma, el río, la montaña, las mujeres.



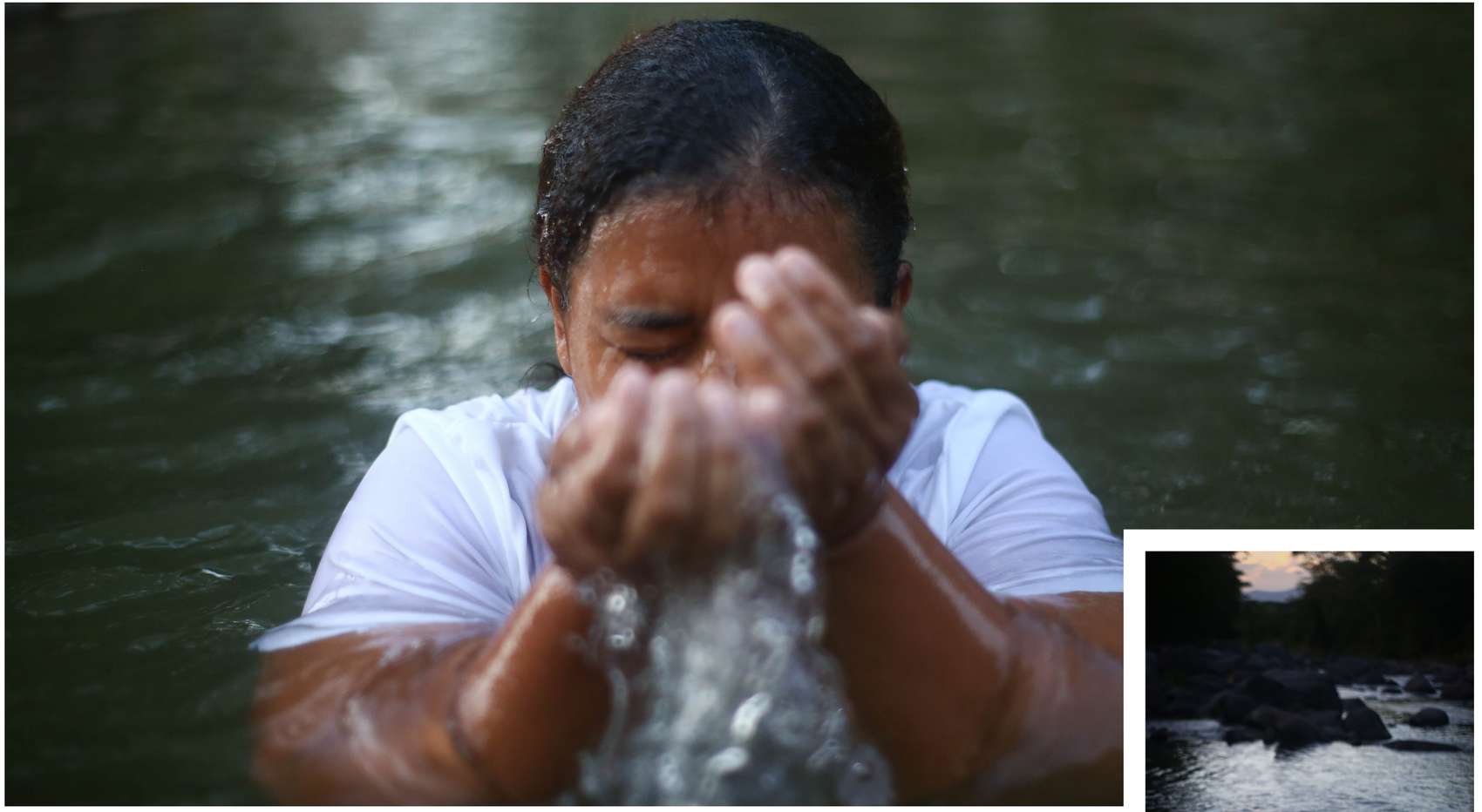
«Todo era el río cuando vivimos cerca de la quebrada Pana, en la aldea que ahora se llama Los Ejidos. No había llaves de agua potable; habían canechitos y chimbombitas, y agarrábamos para comer; lavábamos, tomábamos una agua fresca y clara, y ahí pasaba mi vida; siempre tuve esa conexión con el agua. Estar en los ríos me hace sentir protegida, me siento segura solo de rodearme el cuerpo de agua. No me gustan las pozas que hace la gente, esas me dan miedo, son las fuentes naturales las que me gustan, porque siento que soy de agua. Me conecto al agua, me descansa, siento que no hay peligro, me cuido en ese momento y siento que me cuida el agua. Para las hondureñas que decidimos quedarnos en este terruño del cual tantos opresores intentan echarnos, la palabra cuidar es como el agua fresca, inigualable, la anhelamos, la buscamos y atesoramos».

Monchi es tan querida como temida en la comunidad de Guapinol por la fuerza de sus palabras y resistencia.

Hasta que llegó la empresa minera, ella tenía una vida simple, con planes bonitos para sus hijas; tenía su propia vida. Es una mujer de muchos oficios, hace panadería y unos bordados delicados y coloridos.







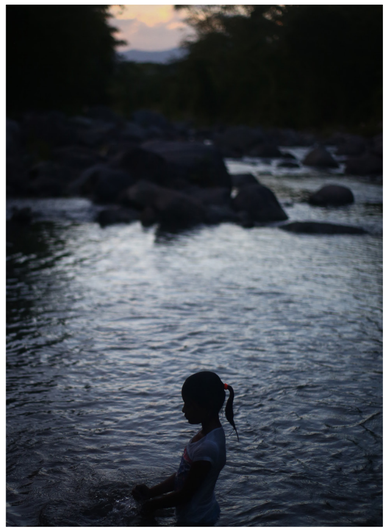
Monchi pasó de esa vida, más o menos calmada, a la que ahora le hace tener sobresaltos y miedo constantemente; la que le ha enseñado a ser quién es y a tener más fuerza que antes, cuando parecía todo fácil.

Es jefa de su familia, líder de su comunidad, vocera de la organización. Ahora, su palabra e inteligencia, los gestos de sus manos y su rostro están en muchos sitios, donde puede llevar la causa del río y la de sus compañeros presos por luchar.

Hasta su familia le dice que por qué y para qué hace esto. Le hablan de Berta asesinada. Y ella piensa en la Berta que caminaba con la gente de su pueblo lenca; la que, junto a otras personas, pudo expulsar banqueros y empresarios mafiosos, la que sigue viviendo en el mundo. Otros le dicen que la gente igual no agradece, que para qué se esfuerza tanto.

Ella, sin embargo, agradece a otras que también conocen la gratitud y con las que se sostiene. Agradece al agua y sus misterios, donde reside su propia magia de fuerza y existencia.







Juana de las flores



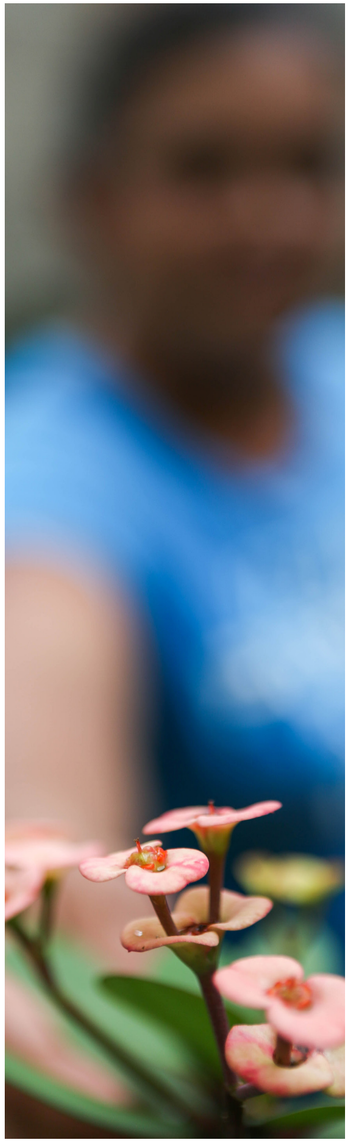
«Donde voy miro flores, me encantan, las flores me recuerdan mucho de mi vida. Aunque el clima huela a pólvora, aunque el dolor se figure en el aire, ver flores me da paz».

Juana creció en Betulia, Santa Fe, Colón, un lugar donde no existían las carreteras, un lugar rodeado de agua y vegetación. Al cumplir la mayoría de edad, tuvo que migrar hacia el pueblo más cercano, para buscar oportunidades semejantes a las que se pueden encontrar en la ciudad. Guarda bajo su piel un poder que ha cultivado con ternura a través de los años.

Vive en una zona de conflictos donde terratenientes llevan una guerra civil contra los y las campesinas, a quienes siempre han querido despojar de sus bienes y de lo que producen desde hace varias décadas. Juana, en medio de tanto dolor y zozobra, aprendió a defender los derechos de su pueblo, aprendió a cobijar sus miedos y a enarbolar su valentía. Ella, por donde camina, recoge flores para luego sembrarlas y cuidarlas en su jardín, jardín que ha ido ensanchando en la medida que sus pasos van dejando huella en su andar.

Juana Lizeth Cortés Herrera

Es su nombre completo, es una mujer de mirar profundo que tiene pasión por el mar, y le gusta navegar cayucos, debe ser porque creció en una comunidad llamada Betulia, cerca de las grandes aguas saladas. Y sin duda lo que más le gusta es andar, caminar visitando amigas, compañeras, vecindad porque es su oportunidad de cortar flores y agrandar su jardín en el que guarda muchos nombres y recuerdos.
Nació en Tocoa y es parte del proyecto de vida que se levantó ahí donde antes fue un cuartel militar y que hoy conocemos como la Guadalupe Carney, es miembra de la cooperativa Santa María de los Ángeles del Movimiento Campesino del Aguán (MCA). Junto a mucha gente recuperó tierra y ha sido directiva de su organización. Es una creadora y las flores de su jardín las lleva a los bordados y a las artesanías que inventa.









De pequeña aprendió este bello oficio de recolectora, viendo a su papá hacer lo mismo. Recoge flores para alojarlas en el patio de su casa y así embellecer el panorama a quien disponga derramar su mirada hacia ellas.

Hoy, con varios hijos bajo su seno, ha conseguido entender que todas las luchas sociales albergan algo de belleza. Para ella, las flores son el recuerdo de todas las personas que alguna vez estuvieron en su vida o que guarda con entusiasmo en su corazón. Si su jardín crece, su círculo de amistades también; porque, según ella misma, las plantas de su jardín llevan el nombre de la persona que se las han obsequiado.

Por ejemplo, si Luisa le regala una planta y una flor se marchita, ella se pone triste porque ha muerto una Luisita, igual con Pedro o Suyapa. Ser luchadora y estar en el jardín de Juana es un honor, es como respirar el aire sincero de la amistad y el compañerismo.

Aunque en su entorno prodría reconocerse por ser la pareja de un campesino que ha estado al pie de la lucha, ella misma es la historia andante de una mujer que es ejemplo de tenacidad y gallardía. Lleva a hombros las responsabilidades y el combate contra la exclusión y la violencia.

Cuando los disparos y la desolación han cercado su vida y la de sus seres queridos, es el color de las flores que le ha dado un sabor dulce a los días de su familia y su comunidad. Juana renace como un «ramito de violetas».



Cuando la violencia se apodera de su ambiente y los perpetradores inundan con sufrimiento sus valles y montañas, ella siembra flores por cada persona que sufre.

Pero también va a la vanguardia en la lucha, su alegría y sus rubores se complementan con el puño en alto. El apoyo a sus compañeras y compañeros, por un lado; y la lucha por llevar a su familia unida en el corazón, por el otro.

Juana ha sufrido la desdicha de ver partir a sus familiares cercanos hacia Estados Unidos, por un país y un «Estado» que no le brindan las oportunidades necesarias para que ella y los suyos puedan tener una vida digna y justa. Para Juana, nada en la vida ha sido fácil; ver morir a sus amigos y amigas, o ver a su pareja tras los barrotes de una cárcel, no es algo que se pueda tomar con tranquilidad. Su silencio es largo, su mirada se tiende sobre el horizonte como dando a comprender que la vida a veces no es justa.

Sábanas de flores como jardines la abrazan cuando duerme. Hablar con las flores es un recuerdo de sus amistades, que por razones distintas no están a su lado. Juana es una artista que, bajo una gran sensibilidad, ha podido crear un mundo lleno de colores, donde ella y sus amigas y amigos conversan, aunque la tristeza sea muy grande.

En un rincón de estas tierras, se puede encontrar una con Juana; cuidando gallinas y sembrando flores, porque estas tierras son de ella.

Juana

Ella habla con las flores,
flores con nombre y apellidos,
flores que adornan los caminos
y tapan las tristezas.

Ella llora cuando hay luto en su jardín,
ella llora cuando ve pétalos marchitos.

En su jardín no caben los olvidos
ni las desapariciones.
Cuando alguien se pierde
Juana lo encuentra en su jardín
Y lo llena de colores









Marta, Marta, siempre cuidando



Marta de Silín conoce la trascendencia de cuidar a las personas en una región donde la vida puede costar menos que un fruto de palma aceitera. Ella tiene una sencillez compleja. Es más una mujer de acción que de hablar. Ser así es más difícil de lo que parece. No es nada ligero romper con los arquetipos de una sociedad que impone, excluye y neutraliza a las mujeres, para entregarse, como ella lo hace, a construir con todas las fuerzas y, además, a compartir una historia tangible de liberación.



Y es que, para Marta, su comunidad es prioridad; pero a la par asegura que ha iniciado el camino del amor propio.

Marta Isabel López Alcántara

Miró esta tierra por primera vez en la comunidad de Silín, territorio del pueblo Pech, en el cálido municipio de Trujillo, Colón, muy cerca del mar y de las montañas. En su sangre fluye el pueblo pech de su madre olanchana y el miskito por parte de su padre. Marta sonríe como un sol y siente el orgullo de ser esta mezcla de pueblos originarios que se pinta en su piel oscura y su largo pelo. Ha tenido una vida difícil de la cual siempre ha salido más fortalecida, es promotora legal especializada para acompañar a mujeres que están enfrentando violencia de género, le gusta hacerlo y estar con otras compañeras mirando todo lo que pueden hacer las mujeres en sus vidas. Le encanta la tierra y el verde que ofrece, vive en su comunidad con hijas y hermanos; compañeras y sueños. Cree en Dios y en la fuerza de la colectividad.

«Para una mujer líder, las personas que menos tienen, son prioridad; y es preferible ser la última en beneficiarse. Si mi comunidad está bien, yo también lo estaré». Sin embargo, la lucha que libra esta mujer de origen Pech tiene muchos anticuerpos; y los que están más cerca, son los más dañinos.

Su nombre es, por sí, un homenaje al corazón compasivo, un respiro de ternura. Como la propia Marta guiña: «Hay que dejar bien hecho lo que se hace». Y ella es productora de sonrisas en su comunidad. Su piel es la hondura de un corazón abierto hacia todas partes, y cerrado a las injusticias.

Sin duda alguna, el camino que ha transitado Marta ha sido complejo, en un país donde los hombres se hacen de todos los espacios, conque una mujer piense en su autonomía, hace tambalear el «statu quo» que beneficia el género masculino: «Ha costado un poco, años atrás, nosotras éramos mandadas por el hombre, una no podía salir sin la autorización de ellos. No obstante, de a poco, con el trabajo organizacional, hemos comprendido que tenemos el derecho y la fuerza para exigir».

Marta ha cambiado. Hasta su pareja que hace unos meses emprendió la ruta migratoria hacia Estados Unidos, lo ha notado: «él se admiraba antes de irse. Yo no era así y me lo decía cada vez que podía. Además, me preguntaba por qué lo hacía. Esto es por el bien mío, le contestaba». Al principio era un lío cuando Marta salía a alguna capacitación; pero, con el tiempo, su pareja fue tomando conciencia que ella no es suya, y comprendió que la lucha de Marta por la tierra, incluso, lo beneficia a él.



Llegar a ese punto ha sido muy costoso, pagó con lágrimas, sufrimiento y cárcel. Por años fue víctima de violencia; y precisamente, según sus palabras, fue esta la razón que la llevó a organizarse y tomar los espacios de liderazgo en la comunidad, los cuales solo eran ocupados por hombres. Veinte años después del primer proceso de formación, el Consejo Tribal de Silín les permitió a ella y a sus compañeras tener voz y voto.

«Aquí nos vamos a quedar, aquí está nuestra familia. El cariño que una le tiene a la comunidad es lo que hace que la luchemos con la vida, con nuestro tiempo».

«Yo no tengo miedo, cuando toca, toca», expresó esta mujer de piel canela, marcada por los rayos inclementes de sol. Y recordó que con el tiempo, después de regresar a la tierra que la vio nacer y construir su hogar, un comando militar llegó a su casa para llevársela detenida por orden de Ramón Lobo Sosa.





El señor Lobo Sosa se declaraba dueño de ese territorio. Comentó que su madre se puso grave al darse cuenta de la situación. No obstante, la problemática del territorio luego fue esclarecida, pues ella y su comunidad hicieron prevalecer el derecho ancestral del pueblo Pech.

«Aquí nos vamos a quedar, aquí está nuestra familia. El cariño que una le tiene a la comunidad es lo que hace que la luchemos con nuestra vida, con nuestro tiempo. Es un legado que les dejaremos a nuestro hijos e hijas». Para Martha, apremia que las nuevas generaciones sepan defenderse y se cuiden, así como ella los y las ha cuidado. Mientras tanto, los ancestros y ancestras, Dios, y sobre todo, la tierra, van llenando de la energía necesaria para no desmayar.

Ella sabe que hay un mundo donde el débil es el que sufre. Ella sabe que, al unir fuerzas, los débiles (que son mayoría) pueden cambiar al mundo; pero hay que atreverse y buscar fortaleza en la comunidad. Y para eso, educar al pueblo es prioridad, porque un pueblo que no conoce sus derechos es un pueblo que no los exige.









Voz de la memoria



«A mí me nació este amor por el tambor con mi propia vida; es una interacción que no puedo explicar, que siempre ha sido así, desde que me acuerdo. El tambor trae la voz de mis ancestras; lo toco cuando estoy triste, cuando estoy alegre; el tambor me explica todo y hace que tenga sentido cada día.

Cuando toco el tambor, siento lo que yo digo que es amor; y mis manos no pueden parar, es como una energía que pasa a través de mis manos y que viene de muchas partes. Es un amor por lo que soy, por mi pueblo, por el mar, por la vida. Tocar me da calma, me ayuda a pensar en lo que puedo hacer, lograr, disfrutar con otras mujeres. Siento la presencia de las mías.

Toco sola, toco mucho sola, aunque sé que nunca estoy sola. Tocaba desde muy pequeña, en todo lo que encontraba, en mis piernas, en mi pecho, en mesas, en latas, es algo que tengo conmigo, lo traigo desde siempre. Ahora tengo un tambor que fue un regalo de gente que me miró tocar, me lo dieron bautizado.

Toco por amor, no por dinero; y eso es importante en este mundo en el que parece que lo que importa es el dinero; lo hago para mis hermanas, lo hago porque a nuestras antepasadas las sostenía; y en este tiempo tan duro para el pueblo garífuna, también lo hago».

Escuchar a Alexa es entender la continuidad de su pueblo. Sus palabras nombran las travesías y los vaivenes de las luchas de su gente, las migraciones, el dolor, el orgullo, la resistencia antigua.

Alexa Arzú

De ella se puede decir que apasionada como es del tambor lo es de las luchas que en territorio caribeño significan cárcel y persecución. Ha sido una joven curiosa, andariega y con deseos de aprender el mundo y descifrarlo. Por razones de la vida de la buena gente tiene una hija de cuatro años y espera la llegada de otra; ella y su poderosa fuerza ha hecho un lugar para cuidar a sus dos niñas. Es una extraordinaria tamborista, cantora, pensadora.
Cercana al mar y sus disputas vive en una comunidad donde ha crecido, y viaja según los llamados de su organización la OFRANEH. Se reconoce en las mujeres que luchan y también en su madre y abuela.

El sonido de su instrumento viene de lejos, viene cantando desde Yurumei en los barcos que trajeron a su pueblo a la tierra hondureña. Este pueblo, los garinagu, que no dejará sus territorios en manos de expropiadores capitalistas racistas, pese a que les asesinan, desaparecen, expulsan. Ella es una guardiana de la memoria.

«He aprendido mucha música de otras mujeres; toco y canto; y lucho por otras mujeres. Yo miraba a mujeres como Madeline que peleaba por la tierra cuando hubo una recuperación de territorio ancestral aquí en Guadalupe; yo quería ir, pero era niña y no me dejaron. Siempre me ha gustado estar con la gente que puede enseñarme, que se mueve y quiere que su gente esté bien. No pude ir a la recuperación, pero andaba ahí apoyando. Un día me fui a un viaje a Vallecito y encontré a la gente de la OFRANEH; conocí a Miriam y a Patrona y dije: "aquí me quedo, yo soy de estas mujeres". Y esa soy».

Hay momentos en que nos perdemos a nosotras mismas, nos acechan los temores, la brutalidad de la violencia en la que se vive, las huellas de despojo emocional y el de los territorios. Podemos seguir luchando, estar en las organizaciones y hasta seguir caminando con otras; pero la vida se vuelve gris y amenazante y pierde su sentido. Alexa estuvo así, extraviada. Sus ancestras le hablaban, pero no logró escucharlas con claridad. El tambor y sus compañeras la trajeron de regreso a los caminos que desean la vida; y la celebran.

«En ese tiempo estaba pasándola mal y hubo compañeras que se ganaron mi confianza y me dieron la suya. Mi abuela decía que tuviera miedo de andar ahí en las luchas, pero no lo tenía con esas mujeres. Entendí que defender los territorios es lo que toca hacer y nos da poder. Nosotras no peleamos por nosotras, sino por las demás. Me encanta estar con las otras en las movilizaciones, llevar el tambor por delante, la voz de las ancestras y las luchas.

Una mujer que me ayudó a encontrar mi camino fue Patrona, ella me decía: "Hija, tenés que reconocer lo que es tuyo y no te podés negar". Yo tengo mis caminos espirituales, mi tambor, mi grupo; tengo muchos sueños y me siento como una mensajera para otras personas. Una tiene miedo a veces de saber quién es y creerlo, necesitas personas que te ayuden a tener confianza. Yo las encontré en el momento preciso. Patrona fue una de ellas y siempre estará conmigo, otra madre ha sido para mí; cuando la vi tan enferma le dije que, si se iba, me iría con ella. Y me regañó: "Qué te pasa, vos tenés mucho por qué vivir; y la lucha necesita mujeres jóvenes". Dijo que ella y otras estábamos juntas, que siempre ha sido así para nosotras las garífunas».

Alexa toca el tambor y canta las canciones que otras le enseñan. Acompaña a su abuela y a su madre con el grupo de danza de esta comunidad donde las mujeres son centrales, respetadas y poderosas.











Eso no la pone a salvo de un machismo que ahora la ha hecho decidir tener a su hija sin padre. La crueldad del hombre que niega y maltrata los pétalos de la ternura porque es lo que sabe hacer. Al igual que muchas otras, Alexa también tiene una hija adoptada. En las comunidades garífunas, la orfandad no se resuelve en instituciones, no existe ni remotamente la idea de que pueda ser así. Ella tiene a su Camila desde que tenía cuatro meses y parecía que no iba a vivir; pero la niña tenía los ojos llenos de luz vital. Ahora ya tiene cinco años, y espera a su hermanita.

El dolor por la muerte de Patrona está en su piel; y sale por los ojos de Alexa mientras toca su barriga de casi nueve meses. La vida y la muerte, los tambores, las luchas, los despojos, las pérdidas, todo en el mismo tiempo. Alexa ha decidido nombrar a su hija de un modo que la proclama en el mundo, en su biografía y la de su comunidad, «Nemenigui», que en español significa «Esperanza».







La Crack

La gente le dice «doña Lidia» y pareciera que tras ese nombre hay una mujer mayor que anda bajo la sombra de los mazapanes juntando gallinas y nietos. Y sí, pero no solo porque hay un círculo de mujeres jóvenes que también la conoce como «la Crack»; y ella misma lo cuenta mientras se amarra los tacos para ir a la cancha. Estas mujeres jóvenes son parte de los equipos de fútbol que doña Lidia anima, alienta, entrena y acompaña.

Lidia llegó desde la infancia al Aguán, como tantas otras que andan, pasando de casa en casa, para buscarse la vida, vida que halló en La Conce.
A los dieciséis años, sin madre ni padre, y ya sabiendo hacer muchas cosas por sí misma, decidió acompañarse de una pareja, por esas cosas del cuerpo y el alma, necesitaba refugio y cuido. Primero Dios; luego, mi familia; y después, el fútbol, dice. Sus tres pasiones, que viéndolo bien, no tienen un orden jerárquico, porque la vida es circular como la pelota que cabecea y hace girar entre sus hábiles pies.

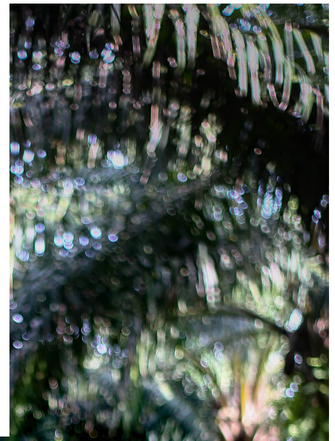
«Cuando juego fútbol, me relajo, me alegro, me divierto; y es que es mi pasión, pues. No sé cómo explicar lo que siento, una alegría aquí en el pecho, unas grandes ganas de vivir. Hace poco fuimos a El Guayabal a jugar. Yo estaba en la banca, pero me metieron. Y un cipote de Tocoa dice. "uy, aquí va el gol". Él lo decía por picarme. Entré, agarré un balón adelantado; y la pelota venía así, la vi bien, la agarré así con esto de aquí de la frente, y se fue "esquiniadita", que la portera solo quedó mirando el gol.

Lidia Ramos Siméon

Se ha dedicado a muchas actividades. Tiene más de sesenta años y su anhelo por la vida la lleva a juntarse con otros y con otras para pelear la tierra necesaria para trabajar y vivir. Así se logra todo por estos lugares, juntándose y peleando. Es pastora de su iglesia, dirigenta de su cooperativa y futbolista.
Ha criado a varios hijos e hijas, y más de un nieto; su pareja está en la cárcel por la lucha en defensa del agua del río Guapinol y San Pedro que ella también comparte y además sostiene. Hace ya tres años que no lo mira en su patio. Como tantas mujeres de esta zona del Aguán siembra y multiplica aguacates, cocos, flores y mangos. Ha organizado muchos equipos de fútbol de mujeres y llevarlas hasta buenos derroteros. Lidia es una mujer ha superado dolores terribles por su energía de jugadora y su enorme fe.

Ya después agarré otro balón y de nuevo con ganas lo refundí en la portería. Dos goles eché. Ganamos. Sí, ¡me gritaron!, ¡me levantaron todas las jugadoras! Cuando una golea siente una alegría que ni se imagina. A mí me encanta cabecear».

La cabeza la usa para muchas cosas. Hace de todo: es pastora, guardiana de la tierra, trabaja en la cooperativa, donde fue presidenta y casi le cuesta la vida y la libertad. «A los cinco días de entrar en la tierra, nos tirotearon. Venía el ejército, venían los azules y los de Facussé, todos revueltos, aguantamos como 45 minutos de fuego. No me hirieron, pero me arrastró un militar. Venían como 300 soldados; y yo, por quitarle a los compañeros que se querían llevar, me enfrentaba.









Los hombres de la comunidad se iban corriendo, yo no. Me ponía pantalones y me iba donde estaban los militares. Me arrastraron como de aquí a la esquina, me pelaron las nalgas, los pantalones se me rompieron, me agarraban de la camisa y me arrastraban del pelo; y así me llevaban. Pero no nos llevaron a ningún compañero. Yo andaba con dos tubos en la mano para defenderme. Ellos andaban ametralladoras y francotiradores».

Lidia estuvo a punto de estudiar el bachillerato y quisiera ser abogada porque odia la injusticia. Ha visto a los abogados venderse ante los poderosos; pero en vez de estudiar, en el momento que pudo, decidió jugar fútbol. «Esto del fútbol es natural. Ya lo trae uno. Eso ya lo trae en la sangre, hasta embarazada he jugado; de la última niña, tenía ya tres meses. Mis cipotas también juegan; y no es por nada, pero son buenísimas». «El fútbol así como es alegría, es pleito a veces. Una vez me agarré con varias, gran pleito que después tuve que pedir perdón. Pero eso no pasa mucho, casi todo el tiempo estamos alegres jugando, porque el fútbol me ayuda a olvidar el sufrimiento. Creo que a quien no le guste el fútbol es porque está como muerto. A mí me gusta verlo; pero lo más rico es jugar, porque jugar es gozo. Es algo que uno lo trae, también las mujeres lo tenemos. Y más cuando le dicen a uno: "¡Sí, jugaste bien!" Porque uno no ve. Uno cuando está jugando puede cometer fallas y no fallas, y uno no ve; pero hay alguien que le dice: "¡Pucha, Lidia, cómo metiste el gol!, ¡jé! Yo me pongo alegre cuando he metido un gol, caigo al suelo. ¡Gracias, papá! Le digo yo, a mi Diosito».

"El fútbol así como es alegría, es pleito a veces, una vez me agarré con varias, gran pleito que después tuve que pedir perdón.

El fútbol requiere trabajo, entrenamiento duro. A Lidia todo le ha sido trabajoso. Desde hace más de dos años, su compañero, Jeremías Martínez, está preso por culpa de los mineros de la empresa Los Pinares. Y antes de eso, le mataron un hijo por problemas de envidia. Eso casi la mató, un derrame le marca el gesto facial.

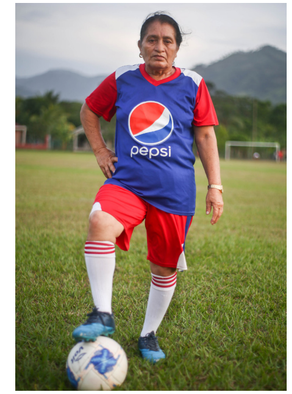








Su pasión también la ha rescatado en esos momentos. «Al quedarme aquí en la casa y con toda la preocupación de los juicios y todo eso, mejor digo; "¡voy yo a jugar también!" Porque si me quedo aquí, me reviento». En el momento que dice esto, se queda callada mirando sus pies calzados. «Ya me voy a comprar mi último par de tacos porque es tiempo que me retire de la cancha», afirma melancólica. Alza la cara, suspira mientras una sonrisa la interrumpe. «Vámonos para el campito, ya están jugando las cipotas», dice.





"Me quedo tierra"

De ella brota la vida; y Sofía lo entiende. Se podría decir que las dos tienen una comunicación muy íntima. Esta relación no es común, generalmente todos y todas se sirven de ella, sin reciprocidad, la abandonan hasta la próxima vez que la necesitan. Por lo cual, casi nadie comprende la conexión que existe entre Sofía y la tierra. Incluso, para su familia es una suerte de locura.

«Cuando yo tengo miedo le digo: 'liberame, liberame' Porque yo soy vos. Yo siento que ella me da esa fuerza».

Todo comenzó un 22 de abril en la conmemoración del Día de la Tierra: «me fui a una manifestación en Guapinol; tenía que hacer algo, con respecto a la energía que de mí se apodera».

Sofía Baquedano

Tiene nombre de sabiduría. Nació en el sur del país y vino a dar por acá al Aguán, aquí está su amada tierra que ha marcado con su trabajo y creatividad. Luchadora como pocas, cuando no les daban a las mujeres la posibilidad de participar en las cooperativas ella se arrechaba. Para el golpe de estado toda esa rabia e indignación salió a flote y se sumó a la resistencia popular organizada. En el año 2012, Sofía encabezaba las tomas de territorios acaparados por los terratenientes ambiciosos como Facussé.
Es parte del cooperativa Gregorio Chávez, y fundadora de la Red de Mujeres Campesinas, es dirigente y trabajadora; desde su corazón de mujer como ella dice, sale la fuerza para luchar contra las injusticias y por los derechos de todas las personas. Hace poco cumplió 62 años y se le puede ver pasar por los caminos de su comunidad en su bicicleta.





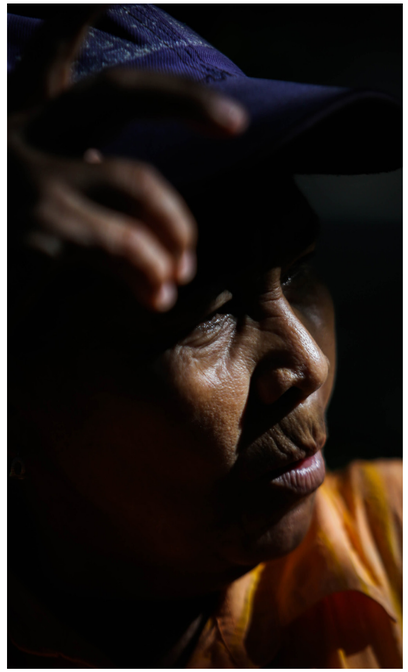


«Arranqué hojas de plátano, llené una bandeja con tierra y llevé agua, porque es uno de los elementos que la humanidad más necesita para su existencia, y es el menos valorado y cuidado. Cuando se construye una casa, el agua es primordial; aunque no la vemos en las paredes y los pisos, ahí está y estuvo; no se ve, pero sin ella no habría sido posible».

Cual performancera innata, sintiendo desde el alma e invocando la estética de una disciplina artística, Sofía, provista de un «tambito» de agua y un poco de tierra, se transformó. Revolcó la tierra y la batió con el agua que llevaba; luego, untó su cuerpo con aquellos elementos.

Más allá de la presentación de un espectáculo artístico, fue un ritual de transmutación con el cual la tierra, en piel de Sofía, pudo comunicarse. En el acto, se dirigió hacia donde estaba una columna de militares, se presentó como Tierra y les preguntó sobre qué han sentido luego de recibir 4,000 millones de lempiras para cultivarla y dónde están los frutos.

La Tierra no solo habla mediante esta mujer que vive en la comunidad Panamá, en el Valle del Aguán, sino también, ella la consulta. Efectivamente, afirma que de esas consultas obtiene la notable sabiduría que mana de sus pensamientos, «de ella yo siento inspiración, donde estoy parada yo, vivo de la tierra; y es parte de mi vida, parte de mis hijos y parte del mundo. Por lo tanto, si me dijera "te voy a hacer tierra ya", pues, me quedo tierra».





De niña, a Sofía, su madre le hablaba mucho sobre la tierra y el agua, le decía que eran vida. Por eso, desde muy pequeña, comenzó a sentirlas, oírlas y entenderlas. Fue así como descubrió que con la tierra tenía la mayor afinidad, a tal punto que asegura escucharla, palpitando como un corazón. Tanto es así, que Sofía se plantea: «¿Y por qué vamos a desconocer el agua y la tierra, si estos bellos cuerpos son tierra y también agua, de ellas venimos y a ellas iremos?».

El llamado que recibió el Día de la Tierra evolucionó; comenzó a conjeturar cómo sería la interacción de ir a la tierra y no solo untarse con ella. Sin embargo, Sofía sabe que ya no tiene la capacidad de antes; reflexionó que a su edad sería muy difícil realizar sola esta acción. Por tanto, con la ayuda de su pareja, abrieron un agujero, eso sí, no en cualquier sitio, sino donde un gran racimo de bananos se había doblado; y como ese es el fruto de la tierra, supo que era la señal que le indicaba el mejor lugar.

Mientras su esposo comenzaba el trabajo, ella nos contaba que la sensación es indescriptible. «Ser enterrada viva, sembrarse y hacerse una con la tierra, es humedecer la sequedad que la humanidad vive por no escuchar el grito de la tierra, bondadosa, madre, hermana, amiga. Cuando yo tengo miedo le digo: "liberame, liberame, porque yo soy vos". Yo siento que ella me da esa fuerza; y cuando los compañeros son indiferentes sobre su cuidado, lloro, porque no la conocen. A mí me hubiera gustado que los hombres hubieran pasado de las discusiones a las acciones».







La tierra, para Sofía, es todo; y lamenta la división entre hermanos y hermanas, campesinos y campesinas, que sucumben ante la mercancía, la palma, la fruta de la discordia, que solo beneficia a los terratenientes. «Si a mí me dicen: "vamos a tumbar unas 25 hectáreas", yo les digo: "vamos, estoy de acuerdo, sembramos nuestro fruto". Porque, ¿cómo vamos a poner a la mesa la fruta de la palma, si esta no se come? La tierra quiere que sembremos maíz, plátano, ayote, habichuelas y aquello que la gente puede comer, porque ella es generosa».

Mientras su cuerpo comenzaba a ser cubierto por la tierra, expresó: «Todo lo que tengo, la tierra me lo ha dado. Por ejemplo, esta casa, ella me ha dicho, ¡ey!, vos, Sofía, todo lo que vas a poseer te lo has ganado, con honradez y con orgullo de ser mujer. Por esa razón, yo no tengo que estar fuera de esta tierra, porque ella llora, se pone triste. Por eso la amo, porque todos somos de la tierra y vivimos por ella, incluso, los terratenientes y sus cuidadores, los soldados, aquellos que nos ha intimidado, golpeado y asesinado».

En algún momento, durante el tiempo que Sofía permanecía enterrada hasta el cuello, quienes estaban a su alrededor, percibieron el llamado de la tierra, en forma de escalofríos. Los cuerpos fueron inundados por un deseo gigante de sembrarse y renacer con ella; y que les enseñase el verdadero equilibrio de la vida.



